

rusa para el comercio ultramarino y tenía una iglesia patrona para el Viernes santo (*svjataja pjatnitsa*), pero esta clase no podía subsistir mucho tiempo, pues cada vez se veía más lanzada del mar por los alemanes y por los suecos, y Nowgorod no tenía una escuadra que pudiera proteger á sus marinos mercantes. El genio del pueblo ruso no supo, bajo este punto de vista, mostrar tenacidad y energía. Parece — pues la cuestión no ha sido todavía puesta en claro — que la hermandad de comerciantes ultramarinos era una ramificación de la famosa asociación de comerciantes nowgorodes de San Juan. Esta asociación, reconocida en 1130 por acta del príncipe Wsewolod Mstislawitz, estaba formada por los más ricos comerciantes nowgorodes (1): cada uno de sus individuos debía pagar anualmente cinco marcos de plata y adquiría, en cambio, el título de *poschli kupez*, es decir, noble comerciante hereditario. De este impuesto la mitad era para la caja de la iglesia de San Juan (*zerkovo svjatowa Iwana predtetschi na opokach*), quedando la otra mitad de capital de reserva para los malos tiempos. Al rededor de aquella iglesia se concentraba el comercio de la cera. Toda la cera que se daba al comercio debía ser pesada por dos ancianos de la hermandad de San Juan y todos los derechos que por ello se percibían correspondían á la iglesia, la cual con esto y con el arriendo de las tierras que le pertenecían reunía una renta no despreciable. Al príncipe se le pagaban anualmente veinticinco grivnes, é igual cantidad se destinaba cada año á la fiesta de San Juan, el 24 de junio. En la iglesia había un consejo para los asuntos mercantiles y además el antes citado tribunal mercantil, á cuyo frente se encontraba el general de mil hombres. Junto á éste, representante de los intereses de la plebe, había tres representantes de los *shitji ljudi* y dos ancianos de la clase de comerciantes. Este colegio, independiente de la wetsche, del príncipe y del *possadnik*, administraba y hacía justicia en todas las cuestiones de la hermandad de San Juan y del comercio en general. También conocía de las contiendas que surgían con los anseáticos, pues así como el comercio de la cera solo por su mediación se hacía con los extranjeros, del mismo modo era ella la que monopolizaba el comercio de paños, comprándolos en piezas y revendiéndolos luego al pequeño comercio. Ignoramos cuál fué el número de estos comerciantes en grande escala, pero ya se comprenderá que sus intereses mercantiles hubieron de ejercer gran influencia en la vida política de la ciudad (2). Procurando Nowgorod crearse mercados en toda la Rusia, y siendo imposible, dadas las guerras en que constantemente estaban envueltos los príncipes particulares, conservar entre ellos una completa neutralidad, á no formarse un partido guerrero, fué siempre una cuestión vital para los comerciantes, y especialmente para la hermandad de San Juan, saber cuál era la política que en tal situación convenía más seguir. Para asegurarse por lo menos el camino del Sur, mantuvo Nowgorod buena amistad con Smolensko, pues por esta ciudad pasaba el camino de Kieff, en cuya iglesia de San Miguel tenían los nowgorodes su especial hermandad. Crítica por demás debió de ser la situación de la ciudad cuando ésta, como en tiempo de las guerras entre los descendientes de Monomaco y Olgow, entró en lucha con los príncipes del Sur y del Norte. Este caso, sin embargo, se presentaba raras veces. De importancia suma eran las relaciones amistosas con el gran duque, pues éste, aun prescindiendo de sus extensos territorios propios, venía á ser en cierto modo una garantía

(1) Véase Wladimirski-Budanoff, obra citada, pág. 214. Esta fecha tampoco es segura y el original no se ha conservado. Las copias que han llegado hasta nosotros contienen algunos errores.

(2) Bereschkoff, obra citada, cap. VII.

para el comercio en el resto de Rusia. Solo así se explica que en Nowgorod existiera constantemente un fuerte partido adicto al Sudsal, que por más que temporalmente pudiera ser vencido recobraba siempre nueva influencia. A esto contribuía poderosamente el hecho de estar el gran duque personalmente interesado en el comercio de Nowgorod, que le ofrecía un mercado para sus productos en bruto y le producía una renta no despreciable con sus impuestos y donativos. Ni él podía prescindir de la ciudad ni ésta podía pasar sin el gran duque, el cual en el siglo XII y á principios del XIII alcanzó en Nowgorod una posición importante. Durante los reinados de Wsewolod y de sus próximos parientes, Nowgorod firmó sus más importantes tratados con los alemanes, que después eran ratificados por otros príncipes. El gran duque había tenido anteriormente su corte mercantil entre los alemanes y los góticos, pero á fines del siglo XI habíase visto obligado á abandonar tal posición y á dirigir su vista á Goro-dischtsche. Estas relaciones se vieron sujetas á muchos cambios. En 1270, estando en tratos con Yaroslao Yaroslawitz, exigió Nowgorod del príncipe que no sostuviera relaciones directas con la hermandad alemana y que solo por medio de los comerciantes nowgorodes pudiera hacer el comercio con ella. Como era natural, el gran duque no quiso doblarse ante esta exigencia y desde entonces fué el competidor más peligroso de la ciudad. Durante los siglos XIV y XV disminuyó la influencia y la importancia de Nowgorod, apareciendo en escena un nuevo elemento, el clero, en la persona del arzobispo, lo cual se comprende tanto más, cuanto que en aquel tiempo las iglesias eran el único amparo moral y los únicos refugios seguros en medio de los constantes desórdenes y de las devastaciones de que era víctima Nowgorod (3). Las transacciones mercantiles hechas bajo la salvaguardia de la lealtad y de la buena fe necesitaban, más de lo que hoy se cree, de la protección é influencia de la Iglesia. Esta cuidaba de las pesas y medidas, y los obispos comenzaron pronto á comerciar por su propia cuenta, pues tenían el derecho de vender directamente á los anseáticos los productos de sus extensas propiedades. Desde el siglo XIV el nombre del arzobispo de Nowgorod aparece en las actas de los tratados en el mismo sitio en que antes se consignaba el del gran duque. El clero nowgorode, en todos sus grados, llevaba impreso un carácter nacional particular: identificado como todos los demás habitantes de la ciudad con los intereses vitales del Estado, velaba codiciosamente por la conservación de una independencia que no encontramos por regla general en el clero ruso. Los sacerdotes eran ciudadanos nowgorodes y así como ellos se creían asistidos del derecho de intervenir en las cuestiones de la política mundana, del mismo modo la wetsche intervenía en los asuntos puramente eclesiásticos en cuanto le parecía que éstos estaban íntimamente relacionados con los intereses políticos de la ciudad. El pueblo de Nowgorod, constituido en wetsche, tenía el derecho, desconocido en la historia de la iglesia rusa, de elegir su obispo: esta costumbre fué permanente desde 1156 y casi siempre la elección se hacía por unanimidad. Cuando los nowgorodes no estaban contentos con su obispo, reuníanse en wetsche y se constituían en tribunal. De esta suerte fué destituido en 1211 el arzobispo Mitrofan, que volvió á recuperar, al cabo de ocho años, el favor perdido. Estos casos no constituían raras excepciones (4).

El signo característico del estado de cosas de Nowgorod es el siguiente. Todas las clases de la población estaban convencidas de que eran algo propio y especial, y siempre vemos

(3) Véase Chlebnikoff, obra citada.

(4) Véase Golubinski, obra citada, pág. 458.

á la comunidad dispuesta á jugarse su sangre y su fortuna para conservar su situación independiente. Nowgorod se vió más de una vez obligada á humillarse ante sus poderosos vecinos, pero siempre supo aprovechar la ocasión de reconquistar el terreno perdido, y en todos tiempos vemos á aquel Estado libre dispuesto á salir á la defensa de los derechos de sus ciudadanos. Un orgullo cívico nacional republicano hizo y mantuvo grande á Nowgorod, proporcionándole una posición respetable y temida así en el interior como en el exterior. Una burguesía acostumbrada á la administración autónoma, pensadora en punto á política, y guerrera cuando se trataba de la dignidad del Estado; una clase comercial rica, cuya posición material solo podía conservarse por una enérgica representación de una política nacional; una clase de señores habituada á considerar el trabajo como propio del vulgo, y á presentarse á éste como la suprema meta de la ambición; y por último, un clero que pensaba, ante todo, como nowgorode y que no había conocido la vergonzosa dependencia de la Horda; tales eran los elementos de la población que encontramos siempre en el curso de la historia de Nowgorod. El príncipe con su *drushina* no era más que un accidente, necesario para dirigir una administración y una aplicación de la justicia que estaban por encima de todos los partidos, para realzar con sus dotes militares la importancia de la república y para mantener la seguridad de su territorio comercial; pero no dirigía la política de la ciudad, sino que esta dirección correspondía á la misma burguesía. Y sin embargo, todavía falta algo. En vano buscamos en la historia de Nowgorod personajes que salgan por encima de la muchedumbre, marcados caracteres que sepan imponer su sello á la generalidad. Aquella gran república no tuvo grandes hombres, y á esto debemos atribuir el fin triste de su historia.

Ya se comprenderá que un Estado como Nowgorod tuviera por una calamidad especial la soberanía de los tártaros y que por tanto le opusiera toda la resistencia imaginable. Hemos visto ya que las primeras devastadoras invasiones que se desencadenaron como un huracán sobre Rusia, en 1223, no llegaron hasta Nowgorod. La segunda expedición conquistadora sistemática de Batu tampoco alcanzó, por una feliz casualidad, á aquel Estado: el inesperado y prematuro deshielo salvó á la ciudad de sufrir la misma suerte que Kieff, y durante algún tiempo, cuando los tártaros se dirigieron al Sur y al Oeste, pareció como si Nowgorod con sus dependencias hubiera de ser el único Estado ruso que conservara su independencia. Pero ésta no era más que una apariencia, pues en realidad estaba esta ciudad en sus condiciones vitales tan íntimamente unida al resto de Rusia, que no podía imaginarse que quedaran separados los intereses de una y otra. Esto no obstante, durante algún tiempo Nowgorod pudo sola seguir su camino, y aun estos primeros años de la fundación de la soberanía tártara en los otros territorios de Rusia constituyen uno de los más gloriosos períodos de la historia de la ciudad. Desde hacía mucho tiempo, Nowgorod se veía obligada á contrarrestar los progresos que hacían la orden de los caballeros porta-espadas en Livonia y los suecos en el golfo de Finlandia. En el año 1223, 20,000 nowgorodes habían apoyado una sublevación de éstos, y en la defensa de Dorpat las tropas rusas habían opuesto larga resistencia á la orden teutónica. Cuando en 1224 los de Nowgorod llegaron demasiado tarde para hacer levantar el cerco de la ciudad, firmaron la paz con la orden, pero pensaron en la futura venganza. A este efecto hicieron durante muchos años grandes preparativos, pero cuando quisieron romper las hostilidades se estrellaron ante la desobediencia de Pleskoff, que se negó terminantemente á facilitar tropas. «Príncipe, — dije-

ron al embajador nowgorode, — te saludamos á tí y á nuestros hermanos de Nowgorod, pero no queremos ir contra Riga. ¿Por ventura no hemos firmado en unión de los nowgorodes la paz con ella? Habeis ido contra Reval, pero no habeis conquistado más que dinero, sin haber tomado la ciudad ni haber obtenido derecho alguno: habeis ido contra Wenden y contra Odenpah y nunca habeis alcanzado nada. En cambio, nuestros hermanos ó han perecido ó han sido reducidos á la esclavitud. Por esto no iremos con vosotros, y si vosotros nos atacais, lucharemos con el auxilio de la Madre de Dios; y aun cuando nos mateis á todos y nos robeis nuestras mujeres y nuestros hijos no iremos contra Riga.» Esto fué causa de que la expedición se suspendiera y Nowgorod tuviera por sí sola que hacer frente á Suecia, dejando á un lado la cuestión de Livonia. Un ejército escandinavo, á las órdenes del jarl sueco Birger, marchó contra Nowgorod, instigado indudablemente por una bula pontificia que le excitó á emprender una cruzada contra los infieles rusos. Probablemente esa cruzada fué dirigida contra las tribus finesas todavía paganas que habitaban en las orillas del Neva y del lago Ladoga, tribus que eran vasallas de Nowgorod y cuyos territorios no podía ésta en caso alguno abandonar. La tradición rusa tiene en este punto un carácter legendario y está en contradicción con la conducta posterior del papa Inocencio IV. Los suecos habían llegado ya hasta la desembocadura del Yshora y estaban á punto de dirigirse al Ladoga, cuando les salieron al encuentro las fuerzas nowgorodes. En Nowgorod reinaba, desde 1236, Alejandro, hijo del gran duque Yaroslao, hombre enérgico, que en más de una ocasión dió pruebas de su talento militar. El día 15 de julio de 1240 trabóse á orillas del Neva la batalla decisiva, en la cual fué herido Birger, y el ejército escandinavo tuvo que emprender desordenada fuga. Esta victoria era tanto más brillante cuanto que Alejandro, que desde entonces se denominó «Newski», es decir, el vencedor del Neva, entró en acción solo, con su *drushina*, sin esperar ulteriores refuerzos. Los suecos, á consecuencia de esta derrota, fueron arrojados de las costas del golfo de Finlandia, donde no pudieron fijarse de nuevo hasta después de la muerte de Alejandro.

El célebre Alejandro disgustóse, á su regreso, con los nowgorodes y abandonó la ciudad para dirigirse á Pereyaslaw. Entretanto, Ysborsk había caído en poder de la orden teutónica, el ejército de Pskoff había sido derrotado y su ciudad sitiada, habiendo sucumbido á consecuencia de una traición de los teutónicos, los cuales confiaron la administración de la misma á dos caballeros de la orden. Como ésta parecía deseosa de establecerse definitivamente allí, había construido una fortaleza en Koporje y enviaba sus expediciones hasta muy cerca de Nowgorod, Alejandro llamó á su wetsche, y en 1241 volvió á entrar en la ciudad, después de haber obtenido de ésta el correspondiente permiso para ello. En seguida marchó sobre la fortaleza de Koporje, se apoderó de ella y dominó una sublevación de wotes y chudos, pero hasta el año siguiente no pudo pensar en la liberación de Pskoff. La ciudad fué tomada por asalto; pero después, una división del ejército de Alejandro, que para este objeto había penetrado en los territorios de la orden, fué derrotada y lanzada de ellos. El príncipe, á consecuencia de esto, retrocedió y tomó sus posiciones en los hielos del Peipus, donde se trabó al despuntar el día 5 de abril una sangrienta batalla que terminó con la completa derrota de los caballeros de la orden. Este triunfo no fué para Nowgorod de menos importancia que el conseguido al rechazar los ataques de los noruegos, pues en el tratado de paz á que hubo de someterse la orden renunció ésta á todas las conquistas que en el territorio de Nowgorod había hecho. Tres años después, Alejan-

dro derrotó repetidas veces á las guerreras tribus de los lituanos, que entonces comenzaban á hacerse temibles, humillando de esta suerte á un tercer enemigo de Nowgorod. A pesar de todo, este famoso héroe nacional debía ser el que obligara á Nowgorod á reconocer en toda forma la supremacía de los tártaros. El gran duque Yaroslao, su padre, había hecho el difícil viaje á Sarai, y allí llamaron á Alejandro los emisarios del khan.

Este le mandó á decir lo siguiente: «Dios ha puesto bajo mi dominio á muchos pueblos: ¿serás tú el único que no quieras someterte á mi poder? Si quieres conservar tus territorios, ven é inclínate delante de mí y verás el honor y la fama de mi soberanía.» Alejandro obedeció, humillóse ante Batu y tuvo también que emprender el viaje á Karakorum para presentarse al gran khan. Tres años empleó en esta expedición, pasados los cuales regresó á su país, con gran contento de los nowgorodes. Según parece, llevó consigo del viaje una impresión profunda del poder de los tártaros, pues desde entonces no solo le vemos personalmente adicto á ellos sino oponerse á todas las tentativas que los demás hacían para destruir su soberanía. Esto se vió claramente desde su regreso. Yaroslao había dispuesto en su testamento que Alejandro entrase en posesión de Nowgorod y de Kieff, y Andrés, hijo segundo del testador, se hiciera cargo del gobierno de Wladimir. Alejandro creyó ver en esto una limitación de sus derechos, y cuando Andrés se alió con Daniel de Halicz, que procuraba entonces libertarse del yugo de los tártaros, presentóse á Sertak, hijo de Batu, como delator de su hermano, diciendo que Andrés le había arrebatado sus derechos de primogenitura y que no cumplía con los deberes que tenía respecto de sus señores tártaros. Sertak se mostró dispuesto á defender á Alejandro, y no solo le reconoció como gran duque de Wladimir, sino que le dió para combatir contra su hermano un ejército mogol que, á las órdenes de Newrni, invadió y saqueó el territorio susdal. «Con ayuda del cielo,—dijo Andrés al recibir esta noticia,—hemos defendido hasta ahora entre los dos nuestro comercio, y ahora el uno hace penetrar en el país á los tártaros para combatir al otro: prefiero marcharme al extranjero, á trabar amistad con los tártaros y á prestarles mis servicios.» A toda prisa salió con su ejército al encuentro del enemigo, que ya había pasado el Klyasma, pero la superioridad de fuerzas con que contaban su hermano y los tártaros fué causa de que sufriera una derrota completa y de que hubiera de emprender la fuga y de refugiarse en Suecia. Pereyaslawl fué tomada, la esposa de Andrés muerta, sus hijos reducidos á la esclavitud, y el gran ducado de Wladimir pasó á manos de su hermano, el héroe del Neva. No podemos comprender, ni en las fuentes rusas se explica, cómo á pesar de todo cuanto había sucedido pudieron despues reconciliarse los dos hermanos y recibir Andrés de Alejandro, que tantas desgracias había atraído sobre su patria, un principado parcial en Susdal (1). Alejandro fué un mal hermano, que arrojó de Nowgorod á Yaroslao y riñó con su propio hijo Basilio cuando éste intentó contrariar la política de su padre, que exigía una completa é incondicional sumisión á la Horda.

La conexión entre estos acontecimientos que merecen especial mención es como sigue. Batu-khan había fallecido en 1255, habiéndole sucedido, no en virtud del derecho de sucesión tártaro, sino por usurpación, su hijo Sertak, el cual durante los últimos años había cuidado de la dirección de los asuntos rusos. Pero habiendo muerto al poco tiempo, envenenado sin duda por sus mismos parientes, ocupó en 1257

(1) Esta noticia la tomamos de Tatitschtscheff, que utilizó en este punto materiales que no han llegado hasta nosotros.

el trono Bereke, hermano de Batu. Así como Sertak se había mostrado inclinado al cristianismo y había sido tenido por cristiano, Bereke se inclinó al islamismo, aceptándolo en la forma sunnita. Este acontecimiento era de gran trascendencia, pues necesariamente había de traer consigo una división entre los kanatos orientales y occidentales.

Bereke, apenas hubo llegado al trono, ordenó el pago de un impuesto en toda la Rusia y exigió que á él se sujetara también Nowgorod. Esta ciudad fué entonces presa de gran excitación, pues conocidas eran la crueldad y las vejaciones que consigo llevaba toda contribución tártara. El possadnik Michalka pereció víctima del furor popular, y el gran duque Alejandro creyó necesario presentarse en persona en Nowgorod con el recaudador de contribuciones tártaro. Pero ni aun así consiguió imponer su voluntad. La burguesía se puso de acuerdo para librarse tranquilamente por medio de presentes de los emisarios tártaros. Basilio, hijo de Alejandro y príncipe entonces de Nowgorod, emprendió la fuga y se encerró en Pleskoff para no tener que ceder á las exigencias de su padre. Pero Alejandro procedió con energía: Basilio cayó en su poder y fué conducido á Susdal; sus consejeros fueron severamente castigados, y aun cuando por el momento no tomó medida alguna violenta contra Nowgorod, esto no indicaba sino que la difería para mas adelante. En 1259 circuló por la ciudad el rumor de que marchaba sobre ella un gran ejército tártaro, y en vista de esta noticia los nowgorodes resolvieron rendirse; pero al presentarse de nuevo Alejandro con el baskak, de nuevo volvió á estallar la sublevación. De día y de noche hizo Alejandro que los tártaros vigilasen para que no les sucediera ninguna desgracia, hasta que por último abandonó la ciudad, sin haber logrado nada, y se hizo fuerte en Torschok. Entonces comenzó á adquirir preponderancia el partido de Susdal: los nowgorodes se rindieron; los «maldecidos» tártaros recorrieron las calles de la ciudad y, haciendo un padrón de casas y de habitantes, recaudaron el tributo y se retiraron.

De esta suerte Nowgorod pasó á formar parte de los territorios directamente sometidos á los tártaros. La ciudad no fué destruida ni saqueada, pero los ciudadanos se sintieron profundamente humillados, no teniendo que agradecer nada al gran duque. Por lo demás, los tártaros procedieron, según parece, en Nowgorod con mas moderación que en ninguna otra parte. La ciudad enviaba directamente su tributo á la Horda, con lo cual evitaba por lo menos las exacciones de las sanguijuelas tártaras, armenias y judías que se ocupaban en la recaudación de impuestos. En el año 1262 ocurrió en Rostoff una sublevación sangrienta, á consecuencia de la cual los baskakes en parte fueron asesinados y en parte arrojados de la ciudad, y solo con grandes trabajos consiguió Alejandro calmar la cólera del khan, teniendo al cabo de un año que retirarse de la Horda. Enfermo ya emprendió su regreso á Nowgorod, pero no pudo llegar á esta capital, pues en 14 de noviembre de 1263 falleció en Wolschski.

La vida del vencedor de los suecos nos inspira sentimientos encontrados. Aunque puede atribuirse á prudencia el aceptar pacientemente el poder, al parecer invencible, de los tártaros y tenerse por habilidad el explotarlo en su provecho personal, como hizo Alejandro, es innegable que la conciencia nacional debió de sufrir extraordinariamente al ver que el mejor de sus hombres se entregaba, sin intentar la lucha, á la servidumbre. Otra cosa se esperaba de él, á quien se ofrecieron distintas ocasiones de pedir y obtener el auxilio extranjero para sacudir el yugo tártaro. El papa Inocencio IV le ofreció el apoyo de un ejército de cruzados con la esperanza de que, gracias á Alejandro, toda la Rusia entraría en el seno de la iglesia romana. Dos cartas con este objeto

escritas por el pontífice en 1248 demuestran cuántas ilusiones abrigaba sobre este particular (1). Alejandro convocó una asamblea consultiva y contestó al papa: «Sabed que reconocemos como verdadera doctrina de la Iglesia cuanto dicen el Antiguo y Nuevo Testamento, lo que se dispuso hasta la época de Constantino y cuanto ordenan los concilios, desde el pri-

mero al séptimo: en cuanto á vuestras doctrinas no queremos aceptarlas.» La iglesia griega dió posteriormente á Alejandro el dictado de santo, y sus restos se veneran todavía en el convento de Alejandro-Newski, en San Petersburgo.

Un enemigo mas enérgico tuvieron los tártaros en el Sudoeste de Rusia en Daniel de Halicz.



Yelmo del gran duque Alejandro Newski.

Forjado en cobre rojo, con orejeras y cuello de siete campos adamasquinados con oro. Lleva la siguiente inscripción árabe: «Ayuda de Dios, próxima victoria, avisa á los creyentes» (del Alcorán); esta inscripción, la corona con cruces y el estilo asiático del trabajo demuestran que el yelmo data del tiempo de las Cruzadas. Conservado en el Kremlin de Moscou.

## CAPITULO XVIII

### HALICZ Y EL REY DANIEL (2)

Mientras la parte oriental del Sur de Rusia fué perdiendo la pureza de su sangre eslava por efecto del continuo contacto de los elementos turcos de las estepas, esta pureza se

(1) Véase respecto de esto el artículo de R. Hausmann, en la *Real Enciclopedia para la teología y la Iglesia*, I, pág. 278.

(2) Véase Kostomaroff: *Rasgos de la vida popular del Sur de Rusia*.

había conservado en cierto modo en los territorios fronterizos del Sudoeste, es decir, en Halicz y en la Wolhynia. La población primitiva estaba en estos lugares mas próxima á las tribus eslavo-occidentales que los principados rusos del Norte y del Este, influidos por los elementos fineses, y de aquí el antagonismo político que entre unos y otros existió. El país era rico y fértil, muy propio para la agricultura y la

En las *Monografías históricas*, tomo I, pág. 230. — Daschkewitz: *El gobierno de Daniel de Halicz*, Kieff, 1883 (ambas en ruso).